

se juntó el hambre y la gana  
de comer: el es un dije,  
todo es una pura trampa:  
debe el reloj, y las botas,  
y el sombrero de copa alta,  
la levita y el chaleco,  
y el pantalón y las gafas!

D.<sup>a</sup> SAB.

—Y cómo sabes tú eso?

CLARA.

—Porque diciéndolo estaba  
cuando á su cuarto llegué  
á ver si cuartos me daba.  
Y añadió más, si no viene  
una letra que esperaba,  
que á usted pediría dineros  
para esas y otras cuantas  
cosillas, que debe aun  
de cuando soltero estaba.

D.<sup>a</sup> SAB.

—Pues con los dineros míos  
de seguro no las paga.  
¿Pero, señor, es posible  
que así me encuentre burlada?  
¡Yo no puedo acomodarme  
á creer que se me engaña  
de este modo! El es decente,  
sus maneras, sus palabras,  
su porte, su educación...  
pero sus acciones... ¡vaya!  
si estas cosas tan de cerca  
yo misma no las tocara,  
en vez de creerlas un hecho,  
diría que eran una fábula.

CLARA.

—Pues ya se irá usted haciendo  
á ver las cosas más claras,

que este mundo es un fandango  
y un tonto el que no lo baila;  
y entre el parecer y el ser  
hay siempre tanta distancia,  
que el mismo refrán lo dice:  
«las apariencias engañan.»  
Y aquí todo es apariencia  
y si nó al tiempo, que habla  
mejor que todos los libros.

D.<sup>a</sup> SAB.

—Calla, mujer, calla, calla,  
que me vas á hacer que estalle  
lo mismo que una granada.

CLARA.

—Pues apunte usted de frente  
á su yerno, y arda el agua.

D.<sup>a</sup> SAB.

—¡Yo voy á cantar de plano,  
salga el sol por donde salga!

CLARA.

—¡Ya lo creo! Más que amarilla  
ciento, una vez colorada  
dicen que vale ponerse;  
ándese usted por las ramas  
si nó, verá usted qué gusto!

D.<sup>a</sup> SAB.

—Esto de la raya pasa  
y quedar no puede así;  
á mí las fuerzas me faltan;  
no tengo de que echar mano,  
las alhajas empeñadas,  
debo al tendero de enfrente,  
á la modista, la casa,  
en las tiendas de comercio,  
en el tinte y en la plaza;  
y mi hermano ni una letra  
como otras veces me manda,  
y todos quieren vivir

á costa de esta pagana;  
mas ya se acabó el tener  
consideración humana:  
yo le diré á ese señor  
el deber del que se casa.

CLARA. (Aparte.) —El pagar sería mejor;  
que de deber pone él cátedra.

D.<sup>a</sup> SAB. —Pero calla, el matrimonio,  
que ahora mismo se levanta.

### ESCENA V.

*Dichos, Don Federico y Conchita.*

FED. Y CON. —¡Buenos días, mamaita!

D.<sup>a</sup> SAB. Muy felices, prendas caras;  
¿habeis ya tenido á bien  
el abandonar las sábanas?  
¡Cuantos trabajitos cuesta  
esta vida tan amarga!

CONCH. —¿Por qué nos dice usted eso?

D.<sup>a</sup> SAB. —Por nada, hija, por nada.

CONCH. —Vaya; tiene usted unas cosas...  
tan... no sé como...

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Tan raras!...

FED. (á Con.) —Es un cariño agridulce  
hijo de la confianza;  
al menos, yo así lo creo.

CONCH. —Pues á mí no me hace gracia  
la manera de decirlo.

D. FED. —Es que tu mamá te engaña  
dando la miel, que la hiel  
tan solo aparenta darla.  
¿Pues donde hay vida mejor

entre jente acomodada  
que de la cama á á la mesa  
y de la mesa á la cama?  
La mejor luna de miel  
teniendo una mujer guapa,  
y una suegra tan amable,  
y rica, prendas extrañas  
que riñen de verse juntas,  
y que en tu mamá se hallan.  
¿No es verdad, maita suegra?  
(aparte.) Le labaremos la cara.

D.<sup>a</sup> SAB. —Cuando usted lo dice...

FED. (á Clara) —Chica,

ten mi ropa acepillada  
para después del almuerzo,  
que la necesito; ¡anda!

CLARA. —Voy allá. (ap.) (Siempre lo mismo;  
¡qué despotismo, caramba!)

(á D.<sup>a</sup> Sab. en voz baja.)

Animo, señora, al toro;  
ánimo, y las cosas claras. (Váse.)

### ESCENA VI.

*Dichos, menos Clara.*

CONCH. —Mamá, yo quería almorzar  
hoy solomillo...

D.<sup>a</sup> SAB. (Aparte.) —(¡De vaca!)

FED. (á Con.) —No has pensado mal, me gusta,  
y unas chuletas con salsa  
además del solomillo  
y el café con sus tostadas.

D.<sup>a</sup> SAB. —Todo eso está muy bien;  
pero el caso es que no hay nada;

hoy quería comer de fonda  
y así no he dispuesto en casa;  
esperaba que tu esposo  
un día nos obsequiara,  
como nos tiene ofrecido,  
y dije: pues de hoy no pasa,  
callo, y luego los sorprendo;  
si la sorpresa hace gracia...

FED. —Así es, mamá, y en ello  
me honrais con su confianza;  
yo no lo había dicho antes,  
como no he tenido carta,  
y espero que venga letra...

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Pero ya tanto se tarda,  
que ni el correo de Manila!

FED. —Qué quiere usted! Como anda  
todo en manos de escribanos,  
sus enredos y marañas  
me tienen hoy entrampado;  
pues debo hasta las alhajas,  
que le regalé á Conchita.

D.<sup>a</sup> SAB. (Aparte.) —¡Y yo las tengo empeñadas!

FED. —Por cierto que no la veo  
con ellas engalanada.

D.<sup>a</sup> SAB. (aparte á Clara) —(Hija, salva el compromiso!)

CONCH. (ap. á D.<sup>a</sup> Sabina) —Sino acierto á hallar palabra!

¡Jesús, Dios mío, qué apuro!  
Como yo sé que te agrada  
de cualquier modo tu Concha,  
no pienso nunca en las galas.

D.<sup>a</sup> SAB. (ap.) —¡Ay! respira, corazón!

CONCH. —Mas si es tu gusto...

D.<sup>a</sup> SAB. (ap. á Concha.) —Muchacha,

¿te has empeñado en sacarme  
los colores á la cara?

D. FED. —Ya lo creo, si has de ir  
á la fonda...

D.<sup>a</sup> SAB. —Nada, nada;  
ya es tarde para arreglarse  
y está amenazando el agua;  
mejor es traer la comida  
de allí.

D. FED. —Bueno, que la traigan.  
(ap.) De cualquier modo, si iba  
yo no habría de pagarla.

D.<sup>a</sup> SAB. —Es, señor don Federico,  
que aquí el que manda paga,  
y yo no mando por ella;  
no me queda ni una blanca,  
y me encuentro, Dios lo sabe,  
de trampas acribillada.

D. FED. —Eso debe importar poco;  
¿quién hay que no tenga trampas?  
Desde que vino la moda  
de gastar las uñas largas...  
cada español es el tipo  
de la Hacienda de su patria.  
Pues si observais en política,  
es necesario unas gafas  
que impidan mirar los hechos,  
dejando ver las palabras  
de todos los hombres grandes  
honra y prez de las Españas.  
Cada día un nuevo empréstito  
realizan y á nadie pagan;

hablen las clases pasivas,  
sino el clero ú la enseñanza.  
Y así, enseñando el Gobierno  
á no pagar, ¿quién nos manda  
reparar en menudencias?  
Voy á llamar la muchacha,  
que avise á la fonda pronto  
y cuatro cubiertos traigan;  
luego veremos el modo  
de salir de esta enramada.

D.<sup>a</sup> SAB. —Pero iré en nombre de usted.  
D. FED. —O de usted, es igual; ¡Clara! (llamándola)  
(ap.) (Yo no he de pagar.) Ahí dentro  
Te están llamando tus amas. (Váse)

### ESCENA VII.

*D.<sup>a</sup> Sabina, Conchita, Clara.*

CLARA. —Querían ustedes algo?  
CONCH. —Sí, mi mamá...  
D.<sup>a</sup> SAB. —¿Quién, yo? Cáspita!

De parte de tu marido,  
si sale al frente, que vaya;  
que yo no mando á la fonda  
así ayune una semana.

CLARA. (ap.) —Cuando yo digo...  
D.<sup>a</sup> SAB. —¿Qué dices?

CLARA. Digo que no salgo á nada,  
lo mande usted ó su yerno,  
y que me voy de su casa,  
y avisaré al inspector,  
que me cobre mi mesada!

CONCH. —Clara, mujer, por la vírgen,

¿qué vas á hacer? ¡No te vayas!  
Se empeñará mi vestido.

CLARA. —¡Canastos!  
D.<sup>a</sup> SAB. —¡Jesús me valga!

¡Qué vergüenza, qué bochorno  
y tan sólo por su causa!

(A Concha.) ¡Tu marido es un farsante,  
un trapisonda, un canalla!

CONCH. —Pero, mamá...

D.<sup>a</sup> SAB. —Pero, hija...

CONCH. —¿A qué viene eso?

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Caramba!

CONCH. —¿No veis que se está esperando  
que escriban de hoy á mañana?

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Maldito sea el correo,  
y tu marido y su casta!

Oyendo estoy eso mismo  
hace más de dos semanas,  
y no llega ni el aviso,  
ni la letra, ni la carta!

CONCH. —Tampoco te escribe el tío,  
que otras veces te mandaba...

D.<sup>a</sup> SAB. —Si supiera lo que he hecho  
con su dinero, me ahorcaba.

CONCH. —¡Pues yo si he dado mi mano  
á Federico, guiada  
por tus consejos lo hice;  
tú decías que acomodaba,  
y como yo le quería  
y él á mí, le dí palabra,  
y nos casamos y amén!

D.<sup>a</sup> SAB. —Yo en la suya confiada  
le hablé al tratar de la boda,

para saber si contaba  
con qué atender á los gastos  
que el matrimonio reclama:  
y me contestó, con aire  
de señor de alta importancia,  
que de su caudal y rentas  
me suponía enterada,  
que á él no tocaba decir...  
que á cualquiera preguntara,  
que eran hartos conocidos  
su nombre, caudal y casa.  
Y como que todo el mundo  
tanto me lo ponderaban...

CONCH. —Y si todo eso y más dijo  
por conseguir lo que ansiaba,  
que era casarse conmigo,  
¿qué extraño es que exagerara?

D.<sup>a</sup> SAB. —¿Conque tú, viendo su engaño  
pérfida, me lo ocultabas?

CONCH. —¿Qué engaño? ¿Si hasta después  
no me ha dicho en confianza  
que fingió gran posición  
porque no lo despreciaras?  
Y como tú la tenías,  
ó al menos la aparentabas...

D.<sup>a</sup> SAB. Yo, si este cuarto arrendé  
tan lujoso, fué llevada  
de la idea de dejarte  
lo mejor acomodada,  
logrando un buen casamiento.  
Y como tantos me hablaban  
en su favor, le admití  
y ahora me encuentro engañada.

¡Vamos, si una acción tan vil  
desollándole no paga!

CLARA. (Aparte.) ¡Me alegro, bien empleado!  
¡Andate á caza de gangas!

D.<sup>a</sup> SAB. Y yo soy la responsable  
de todo lo que aquí pasa;  
y vendrán los acreedores,  
y conocerán la farsa,  
y se llevarán los muebles,  
y nos echarán de casa,  
¿y después, á donde iremos  
á parar?...

CLARA. (Aparte.) —A la Posada  
del Sol, que está al aire libre  
y podreis vivir bien anchas.

CONCH. Pero, mamá, no te apures;  
yo le he oído decir á Estrada  
que por mucho que se lleven  
no pueden quitar la cama.

CLARA. (Aparte.) —(Vamos, esta dice á voces  
dónde el zapato le mata.)  
¿Con que al fin, qué se resuelve?  
se come fuera ó...

D.<sup>a</sup> SAB. —Ya nada,  
porque aquí se va armar una  
que un siglo va á ser sonada!  
¡Habrás visto bribón,  
petardista, infame, maula!  
¡Voy á sacarle los ojos  
y la lengua á ese canalla!

CLARA. (Aparte.) ¡Adios! ¡Estalló la bomba!  
¡Tiró el diablo de la manta!

CONCH. —¿Pero mamá, á qué te ofendes?

Tú te llamas engañada,  
cuando á la verdad, nosotras  
también hemos sido falsas  
con él.

CLARA. (Aparte.) ¿Cuando yo decía  
que esta gente era una ganga  
que no tenían uno á otro  
nadita que echarse en cara?...

(Tocan la campanilla.)

D.<sup>a</sup> SAB. —Llamando están á la puerta.

CLARA. —Las visitas de ordenanza;  
los acreedores, ¿qué digo?

D.<sup>a</sup> SAB. —Dí que estamos en la Granja,  
que hemos ido allí á pasar  
una larga temporada.

CLARA. —¡Ay, que ganas tengo yo  
de dejar esta embajada! (Sale á abrir.)

D.<sup>a</sup> SAB. —El alma tengo en un hilo.

CLARA. —Doña Sabina, una carta  
para usted, que es de ultramar  
y viene certificada;  
que está esperando el cartero  
el recibo. (Doña Sabina firma el sobre y lo devuelve.)

D.<sup>a</sup> SAB. —Toma y anda;  
dí que no tengo ahora suelto.

CLARA. (Aparte.) Ni atado.

D.<sup>a</sup> SAB. —Y que estoy en cama. (Abriéndola)

CONCH. —Es del tío, ¿qué te dice?

D.<sup>a</sup> SAB. —Léela tu. (Dándole la carta)

CONCH. (Leyendo) —«Querida hermana,  
al llegar esta á tus manos  
tal vez estaré en España;  
pues voy perdiendo la vista

y los médicos me mandan  
que si conservarla quiero  
regrese pronto á mi patria.  
Supongo habrás ya comprado  
la huerta que te encargaba  
en mi anterior.»

D.<sup>a</sup> SAB. (ap.) —¡Ya está fresco!

CONCH. (Sigue leyendo) —«Si no hubieres hecho nada  
espera á que yo regrese;  
mientras tanto á tu muchacha  
para regalo de boda  
le darás la que acompaña  
de doscientos pesos fuertes.»

(Besando la carta.) Gracias, querido tío, gracias,  
voy á á ver á Federico.

D.<sup>a</sup> SAB. —No te alborotes, acaba.

CONCH. (Sigue leyendo.) —«Que cobrarás en la calle  
del Caballero de Gracia,  
comercio de ultramarinos,  
casa de don Juan Pastrana.»

D.<sup>a</sup> SAB. —¡El tendero á quien le debo  
más de catorce semanas  
lo que nos hemos comido!

CONCH. —Pues de esto no se le paga,  
no faltaba más!

CLARA. (ap.) —¡Cabales!  
Digo, cómo arrima el ascua...

D.<sup>a</sup> SAB. —Acaba, no dice más?

Sigue leyendo, despacha.

CONCH. —Espresiones para todos,  
fecha y firma.

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Dios me valga!

¿Qué voy á decirle yo

cuando vuelva y no halle nada,  
y sepa que he derrochado  
su dinero en la trastada  
del dichoso casamiento,  
y que aquella decantada  
posición de tu marido  
se ha vuelto *agua de cerrajas?*

CLARA. (ap.) Que fué á pescar un pez gordo  
y el pez le ha salido rana.

D.<sup>a</sup> SAB. —¡Vamos, yo me vuelvo loca!

### ESCENA VIII.

*Dichos y D. Federico que vuelve.*

D. FED. —¿Has ido á la fonda, Clara?

CLARA. —¿Ir yo á la fonda, sin fondos...?

D. FED. —Pues la salida me agrada;  
pídelos á tu señora,  
que es el ama de la casa.

D.<sup>a</sup> SAB. —Ya le he dicho, caballero,  
que quien manda es el que paga;  
y usted, por lo que se vé,  
con su osadía, que espanta,  
ha venido aquí á engañarnos,  
metiéndose en esta casa,  
à mantenerse de gorra.

D. FED. —¡Señora, de insultos basta!

D.<sup>a</sup> SAB. —¿A dónde están los dineros  
de que tanto blasonaba,  
cuando á pedir á mi hija  
vino usted?

CLARA. —¡Ay, Santa Bárbara!

D. FED. —Qué sé yo? Pero supongo

que estarán .. en donde estaban.

D.<sup>a</sup> SAB. —Ha sido usted un farsante;  
un hombre vil, un...

CLARA. (Aparte.) ¡Ya escampa!

D. FED. —Señora Doña Sabina:

¿Cómo se atreve en mi cara  
á decirme cosas tales?

Está usted equivocada,  
yo he sido aquí el engañado;  
las pruebas son las que hablan.

D.<sup>a</sup> SAB. —¿Las pruebas? ¡Usted me dijo  
que salía, y no faltaba,  
todos los días del año  
por mil reales!

D. FED. —¡Y no falta!

Yo lo he dicho y lo sostengo,  
siempre cumplo mi palabra:  
es verdad, salgo por ellos,  
más no sé donde se hallan,  
que en la vida los encuentro;  
la culpa es de quien los guarda!  
Usted sí que un grande chasco  
me ha dado con la pantalla  
de supuesta posición,  
diciendo con petulancia:  
«tampoco con que comer  
á mi hija le hace falta.»

D.<sup>a</sup> SAB. —Sí señor, y yo no miento,  
la prueba á la vista salta:  
mire usted si está completa  
su dentadura y bien sana.

D. FED. (ap.) En efecto, de sus dientes  
tengo pruebas señaladas.

- D.<sup>a</sup> SAB. —Y además, yo aquí he gastado  
dineros en abundancia.  
y si tengo ó no recursos,  
aquí están: lea esta carta!
- D. FED. (Leyendo.) —Es posible? ¿Mil pesetas?...  
Cuatro mil reales?... Qué ganga! (Saltando.)  
Bendito sea el tío Arturo  
y bendita sea la Habana!  
Señora doña Sabina,  
un abrazo en confianza;  
es usted lo más amable  
que he tratado. (Queriendo abrazarla.)
- D.<sup>a</sup> SAB. (Rechazándolo.) —Aver, aparta,  
que yo abrazar no me dejo  
por quien tan dispuesto se halla  
á cambiar de sentimientos  
y ante el interés se arrastra!
- D. FED. —Pues qué, se figura usted  
que esta demostración franca  
de mi cariño es acaso  
por lo que el tío nos regala?  
¿Se atreve usted á creerme  
de miras interesadas?  
Esa pequeñez no cabe  
en quien tiene grande el alma.
- CLARA. (Aparte.) Para dar grandes peñardos  
no hay quien tenga más audacia.
- D.<sup>a</sup> SAB. —¡Y qué cuentas de la huerta  
daré á mi hermano!
- D. FED. —Muy claras:  
que en Alcira la compró  
para irse allí á temporadas,  
y que las inundaciones

y la suscripción de marras...  
desaparecer la hicieron  
como la sal en el agua,  
y á la luna de Valencia  
usted quedó, y ajustadas!  
Con que un velo á lo pasa lo,  
que siempre fué cosa rancia,  
y miremos lo presente,  
que es de mayor importancia.

- CONCH. Lo que importa es el almuerzo;  
¿no tienen ustedes gana  
de que nos desayunemos?  
porque las horas se pasan  
y yo no tengo el estómago  
para estos trotes, caramba!
- CLARA. (Ap.) Yo estoy como el caracol,  
(Abriéndosele la boca.)  
que de hambre asoma la gaita.
- D. FED. —Pues vamos allá, arreglarse  
y á la fonda.
- D.<sup>a</sup> SAB. —¡Pues... me agrada;  
qué pronto encuentra las cosas  
tu Federico arregladas!
- D. FED. —¿Qué inconveniente hay en ello?
- D.<sup>a</sup> SAB. —Uno que á impedirlo basta.
- D. FED. —Yo no adivino... ¿cual es?
- D.<sup>a</sup> SAB. —Que la letra está girada  
á uno de mis acreedores.
- D. FED. —¡Eso muy facil se salva:  
se endosa con un descuento  
y luego allá se las hayan!
- D.<sup>a</sup> SAB. —Pero vendrán á cobrarme.
- D. FED. —Nos mudamos de la casa;

nos vamos á Chamberí,  
lejos, ó al campo de guardias.

D.<sup>a</sup> SAB. —Y mientras, viene mi hermano,  
y nos busca por el mapa.

D. FED. —Todo tiene buen arreglo;  
mientras viene ó nó, se traza  
el plan de ir entreteniendo,  
dando á todos esperanzas.

Con que yo ya estoy andando.

CONCH. —Yo estoy corriente.

D.<sup>a</sup> SAB. —Y yo en marcha.

¡Clara, la puerta, cuidado!

CLARA. —Váyase usted descuidada.

D. FED. —Que á no ser á D. Arturo  
á nadie del mundo la abras.

### ESCENA IX.

*Clara sola.*

Pues, señor: esto va en grande,  
ya varían las circunstancias  
y si es cierto lo que dicen  
del hermano de mi ama,  
no es conveniente marcharse,  
que aumentarán de criadas  
y yo seré ama de llaves;  
y, si la suerte ayudara,  
quién sabe si lograría  
merecer la confianza  
del tío que es solterón  
y aunque viejo, si me entrara...  
no quedaría por mi parte;  
y esto no es ilusión vana,

que bien puede realizarse:  
yo soy jóven, soy honrada,  
y... vamos, yo me figuro  
que si una se franqueara,  
más de tres y más de cuatro  
me buscarían... la cara.

*(Se oye llamar.)*

Más voy que llaman: ¿quién es? *(A la puerta.)*

*(Dentro.)* ¿Doña Sabina de Alcántara...?

D. ART. —Ha salido; ¿quería usted  
alguna cosa?

D. ART. —Que abra;  
soy su hermano.

CLARA. —¿D. Arturo?

D. ART. Servidor de usted.

*(Abre Clara y entra D. Arturo.)*

### ESCENA X.

*Clara y Don Arturo.*

*(Música.)*

CLARA —¡Ea, vaya;

que sea muy bien venido!  
Pase por aquí á la sala,  
podreis descansar un rato,  
mientras su señora hermana  
vuelve, que tardará poco;  
aquí tiene usted butaca.

D. ART. —Gracias, simpática jóven,  
¿sois acaso?...

CLARA. —La criada;  
vuestra humilde servidora.

D. ART. —¡Pues sabes, que eres muy guapa!  
Y dime, ¿cual es tu nombre?

- CLARA. —Mil gracias; me llama Clara.  
(Aparte.) (¡Qué fino es! Y no es tan viejo  
como yo me figuraba.)  
Lisonjero pareceis.
- D. ART. —¡Es que me gustan, muchacha,  
tus maneras, y tu porte,  
y tu gracejo, y tu cara!  
¡No es lisonja!
- CLARA. —Eso decís,  
ahora, que mirais con gafas.
- D. ART. (Se quita las gafas.) Y sin ellas ahora y siempre,  
y lo mismo hoy, que mañana,  
me gustas y si tú eres (Acercándose á ella.)  
tan amable... (En ademán de darle un abrazo.)  
(Música.)
- CLARA. —¡Ea, basta!  
¡Mire usted, que muchas veces  
las apariencias engañan!
- D. ART. —¿Qué quieres decir con eso?  
No caigo ..
- CLARA. —Pues se resbala  
y está usted expuesto á caer,  
si el equilibrio no guarda.  
Que aquí donde usted me ve,  
sola, si usted se propasa,  
para defender mi honor  
tengo dos manos y un alma...  
que si le doy un revés  
vuelve sin buque á la Habana.  
¿Qué se ha figurado usted,  
que no hay pobres muy honradas?  
Pues si me encuentro sirviendo,  
porque ha tiempo no me pagan  
mi pensión, única herencia

- que con su honor me dejara  
mi buen padre; caballero,  
tenga respeto á quien habla!  
Soy hija de un capitán,  
que dió su sangre á la patria  
en el campo del honor,  
matando moros en Africa.
- D. ART. —Señorita, le suplico  
me dispense, si mi audacia  
pudo ofenderla un momento
- CLARA. (Ap.) —(¡Pica el anzuelo y lo traga!)  
No hay de qué; pero es decir  
que si usted su amor declara  
con esa forma de ataque  
por algunos tan usada,  
debe tener entendido  
que no es la más adecuada!  
Y que aquí, cuando algún hombre  
nos pinta de amor la llama,  
no lo hace por el telégrafo,  
ni al vapor, como en la Habana.  
Siempre habrá sus escepciones,  
donde quiera cuecen habas;  
más yo suelo trasquilar  
al que á mí viene por lana.
- D. ART. —Pues bien; ahora que conozco  
lo que vale vuestra alma,  
os digo que habeis logrado,  
como si há tiempo os amara,  
abrasarme en ese fuego  
que arde quien de veras ama;  
y si puedo merecer  
vuestra amable confianza,